

Fútbol: la fiesta se ha terminado... el retorno a la angustia.

Football: the party is over... the return to anguish.

Juan Jacobo Agudelo Galeano^{1*}, Psicólogo, Historiador, Esp, (c) Magíster.

El presente artículo surge del trabajo de grado “La dinámica grupal y las manifestaciones de violencia de los hinchas del club Atlético Nacional en torno a los partidos de fútbol en el estadio Atanasio Girardot de la ciudad de Medellín” realizado en el año 2001 para optar al grado de Psicólogos de Juan Jacobo Agudelo Galeano, Gustavo Galeano y Andrés Felipe Sierra Jaramillo.

¹ Especialista en Gobierno Municipal. Docente en la Corporación Universitaria Remington y en la Institución Universitaria de Envigado. Pertenece al grupo de investigación “Texturas” de la Corporación Universitaria Remington.

Aceptado: noviembre 30 de 2012.

Resumen.

Desde los denominados “Hooligans” ingleses, los “Tifosi” italianos, los “Barrabrava” argentinos hasta llegar a nuestros hinchas colombianos, la violencia en el fútbol es un fenómeno acrecentado en los últimos años y que ha adquirido un tinte de problema de salud pública, obligando a los diferentes entes gubernamentales y sociales a tomar posturas frente al tema. Por ello, el presente artículo profundiza sobre la dinámica de las barras durante el antes y el después del partido, reconociendo la relación de estas con el entorno circundante y develando su configuración y estructura; además de definir cuáles son los productos psicológicos que dicha dinámica produce de forma individual, pero especialmente de forma grupal. Para lograr dichos objetivos, se elaboraron diarios de campo y se realizaron entrevistas a los portavoces de las barras bajo el método etnográfico; asimismo, se retomaron conceptos importantes de Enrique Pichón Riviere, Eduardo Pavlosky y René Kaés.

Palabras clave: barras bravas, estadio, fútbol, hinchada, violencia en el fútbol.

Abstract.

Football violence -symbolized by the British “Hooligans”, Italian “Tifosi”, Argentinian “Barras bravas”, and even by some of our Colombian soccer fans, is an increasing phenomenon in recent years and has acquired the tinge of a public health issue, forcing several government and social agencies to take a stand on the problem. This paper elaborates on the dynamics of fan groups before and after the game, recognizing their relationship with the surrounding environment, unveiling its configuration and structure, as well as defining the psychological products for the individual and especially

Para citar este artículo: Agudelo JJ. Fútbol: la fiesta se ha terminado... el retorno a la angustia. Rev Humanismo y Sociedad, 2013; Volumen 1: 9-21.

*Autor para correspondencia: Juan Jacobo Agudelo Galeano. Corporación Universitaria Remington. Calle 51 No 51-27, Edificio Remington, Oficina: Escuela de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales, Piso 11. E-mail: juan.agudelo@remington.edu.co

for the group. To achieve these objectives, field journals were developed and spokespersons from fan groups were interviewed using the ethnographic method. Finally, important concepts by Enrique Pichon Riviere, Eduardo Pavlosky, and Rene Kaes are also presented.

Key words: barras bravas, fans, football violence, stadium, soccer.

Introducción.

“Ver la manifestación sin sumarse a ella, estar en la fiesta sin participar de la ebriedad celebratoria, oír los chistes sin compartir sus presupuestos puede ser tedioso o irritante. Ocurre con las películas chinas; no sabemos cuándo reírnos. Ocurre con los cómicos: nos parece que son idiotas” (Asiain).

Durante mucho tiempo en la ciudad de Medellín y en los municipios adyacentes, se han ido construyendo a partir de los valores propios de lo urbano, de los arraigados valores de lo popular, de la marcada idiosincrasia y de la manera particular de asumir el entorno y la realidad circundante, toda una manifestación y vivencia personal, colectiva, barrial y social la compleja cultura que gira en torno al deporte, especialmente al fútbol. Las alegrías, las angustias, el saber, el tener, el poder, la derrota, la victoria, las frustraciones, hasta los deseos y los más utópicos sueños, se han cimentado y tienen un profundo fundamento en esta relación del fútbol y la vida cotidiana. Con ella se manifiesta lo que pasa en las calles, en los barrios, en los hogares e inclusive lo que pasa dentro de aquellos que viven este deporte como una verdadera pasión. No hay tiempo ni espacio especial, lo cotidiano y su devenir, marcan la oportunidad de entrar en contacto con el juego, día tras día tener al fútbol como compañero; así que, una calle o un parque cualquiera son escenarios ideales para el fútbol y sus representaciones, para verlo, gritarlo, escucharlo, sentirlo, vivirlo y muchas veces para matarlo. Entre todos existe un lugar sagrado, el templo, el gran teatro: el estadio.

El Estadio Atanasio Girardot de la ciudad de Medellín, máximo escenario del fútbol en la ciudad, se ha constituido en el espacio por excelencia, en el cual se manifiestan durante los partidos los más complejos fenómenos sociales, representados e interpretados individual y colectivamente por múltiples actores, siendo los principales, los denominados hinchas, quienes unidos de forma grupal conforman lo que

se denomina en el argot futbolístico una “barra”, que rodea activamente el espectáculo mencionado. Ellos llegan al denominado “gran teatro” ataviados con las insignias distintivas de su club, que los distingue de los hinchas rivales o de otros grupos de actores como los policías, comunicadores, entre otros, quienes igualmente son partícipes de una u otra forma de la diversidad de manifestaciones que se presenta alrededor del denominado “rey de los deportes”. Estos grupos interactúan entre sí, afectando su propia dinámica, posibilitando manifestaciones en el “gran teatro” de violencia, caos y creación...

Teoría del vínculo.

Según Enrique Pichón – Riviere (1975), el vínculo es una estructura compleja que incluye un sujeto, un objeto, su interacción y procesos de comunicación y aprendizaje, en el cual sus elementos son interdependientes. De la interacción e intercambio entre el emisor y el receptor se presenta una modificación mutua, una retroalimentación que a su vez es aprendizaje, siendo entonces una relación bicorporal y tripersonal, porque entre dos personas que están en relación vincular, por medio de las redes de comunicación hay un emisor, un transmisor y un receptor; este tercero puede ser una persona, un objeto, una función orgánica o una representación simbólica de una persona, que está presente en todas las relaciones; es así como el contexto social y el psiquismo del sujeto van a estar vincularmente relacionados, estableciéndose una comunicación en gran medida implícita y que va a reflejarse en las relaciones grupales. Según Bauleo (Pavlosky, 1968), “los grupos estructuran luego de su agrupamiento una configuración organizada a partir de un entrecruzamiento de proyecciones de los integrantes a los cuales se entrelazan elementos representativos sociales y del clima imperante” (Pavlosky E. , Psicoterapia de grupo de niños y adolescentes: “El señor de las moscas” como ejemplo de mecanismos que operan en los grupos terapéuticos de niños, 1968, pág. 189), de igual manera, aspectos múltiples de la realidad

entran en interacción e interrelación con el sujeto y van a conformar el mundo interno; es decir, la manera de pensar de los individuos, tratándose entonces, de una relación dialéctica entre el contexto social y el psiquismo.

Aparato psíquico grupal según René Kaés.

Según los criterios de René Kaés, el grupo debe visualizarse no como un simple objeto de estudio sino en tanto objeto en el cual se representa la pulsión; es decir, la organización determinada de un grupo está dada solamente por la investidura, el carácter y el contenido de la representación que se dé desde cada persona y desde el conglomerado, en nuestro caso desde cada hinchada o sujeto y desde los sujetos al grupo o hinchada como tal. Se debe también concebir el grupo como estructura fundamental y forma de realidad que de manera intrapsíquica posee la hinchada; en otros términos, para lograr entender las formaciones del aparato psíquico dentro de dicha población es necesario entender que en el interior de este grupo aparece definida implícitamente la fantasmática que regula los tiempos, los espacios, las relaciones, las acciones y cada una de las instancias, en el ámbito de lo interno y lo externo, a la determinada estructura grupal.

Es necesario entender que en el grupo, la proyección, la identificación, la búsqueda de objetos complementarios, entre otros elementos, son los procesos que en la organización grupal, posibilitan la cohesión y el acoplamiento de las distintas psiques. Para la mayor comprensión de estas nociones, es importante precisar que el mencionado aparato psíquico grupal no puede corresponder a una figura objetiva y mucho menos concreta. Según (Kaés, 1993), "No corresponde a un observable concreto más que al aparato psíquico grupal"; es decir, el aparato psíquico grupal es una construcción teórica que permite dilucidar de manera más gráfica las funciones y los distintos movimientos que residen en la realidad psíquica.

Con el fin de entender sus funciones y su contenido, se debe partir de la base que concibe el aparato psíquico grupal, como una construcción psíquica que es común en todas las personas pertenecientes a un grupo determinado; construcción que permite mediar entre la realidad intra psíquica de cada sujeto y la realidad que los sujetos del grupo mantienen como fundamento de su encuentro. Como lo expresa Kaés (1993), no

existe una mera colección de individuos, sino una formación grupal cargada de fenómenos específicos entorno a dicha formación que se estructura a partir de organizadores psíquicos inconscientes, mediante los cuales se sostienen y expresan los vínculos del agrupamiento, de tal forma, que dan cuenta de los procesos, los fundamentos y las formas en las que se relaciona en la realidad psíquica del grupo.

En este aspecto se pueden distinguir varias clases de organizaciones psíquicas: primero están los organizadores intrapsíquicos del agrupamiento pertenecientes fundamentalmente al aparato psíquico del sujeto y los segundos inter y transpsíquicos grupales por medio de los cuales se procesa la correlación entre las realidades individuales en función de la colectividad. Los organizadores psíquicos definen las relaciones y las correlaciones de objetos articulados de forma coherente, con el único fin de lograr la satisfacción pulsional, entre ellos, se distinguen cuatro como las más importantes:

1. La imagen del cuerpo.
2. La fantasmática originaria.
3. Los complejos familiares.
4. La imagen del aparato psíquico subjetivo.

Asimismo, los organizadores socioculturales proponen, dentro del grupo, los distintos sistemas de transformación social y cultural, influyendo directamente en las representaciones del grupo y tienen como principal función la elaboración de distintos niveles de representación en forma de ideologías, utopías o fantasmáticas dando cuenta de lo sociocultural y su dialéctica, con el resultado de producir modelos muy específicos de grupo en el interior de las instituciones, de una organización o de un contexto singular.

Se puede decir entonces, que los organizadores psíquicos, cualquiera fuera su tipo, organizan los procesos inconscientes del deseo, el amor y el odio que estructuran un vínculo entre el sujeto, los sujetos, sus objetos y él mismo, a partir de supuestos primarios como la matriz de grupo, la ideología, la micropolítica, entre otros.

En el grupo se da entonces, la construcción de un sistema de correlaciones grupales con base en el aparato psíquico individual, a su vez determinado por otros

niveles de organización grupal y colectiva; es decir, nada pudiera aparecer en un determinado grupo sin que la psique de cada sujeto formara estructuralmente el fenómeno grupal en sí, convirtiéndose cada persona en puntos nodales del funcionamiento colectivo, proyectando en el grupo, sus metas, sus deseos, sus fantasías de origen, sus sueños y todo su contenido latente y manifiesto, que estructurados en otros grupos primarios, se restablecen y se reproducen como parte del sujeto, dentro del funcionamiento del aparato psíquico grupal. Esto convierte al grupo en un cuerpo revestido de manera pulsional, con su pulsión propia; conformada como la sumatoria de los aportes pulsionales de sus miembros; inclusive el grupo visto desde este punto.

El grupo y las situaciones límite.

Para Eduardo Pavlosky (1968), todo grupo en situaciones extremas de abandono tiende a incrementar las ansiedades persecutorias, hasta llegar a la desorganización; obligando a que, para poder sobrevivir, sea necesario la creación de nuevas estructuras que escapen de la angustia de muerte y de la fragmentación; lo que implica retroceder a niveles de organización con características agresivas; en las que la defensa maníaca aparece como la omnipotencia, contrarrestando el vacío cotidiano, la soledad, el abandono y la pérdida.

En los grupos suelen darse dos tipos de normas que pueden reflejar situaciones sociales, en las que unas tienden al cuidado, al orden, la estética y la seguridad, y las otras no se ajustan a lo establecido ni a quienes tratan de imponerlas, aparecen como marginales o amenazadoras que combinadas con las situaciones externas de abandono, revertidas hacia el propio yo, se ven reflejadas en los portavoces, en ocasiones de forma esperanzadora, predominando la idealización y la proyección de los objetos buenos, pero también se da la desesperación, predominando los objetos internos persecutorios que la realidad externa no puede amenguar y aparece el peligro de la pérdida de los límites, concretándose en la utilización de máscaras, capuchas, pintura facial, entre otras, con lo que logran ocultar la identidad y la pérdida de sí mismo, eliminando la posibilidad de pensar, deprimirse, sentir el vacío y la culpa.

Los grupos funcionan como sociedad totémica, en la

que el tótem puede ser un animal, planta, equipo de fútbol o cualquier otra representación significativa del grupo, considerando a sus miembros descendientes y unidos por lazos de sangre con el tótem y entre sí, celebrando esta unión por medio de los cánticos, bailes y vestuarios pertenecientes al tótem, pasando por una estética que los hace uno solo

La representación social del fútbol.

“5 de septiembre de 1993: Colombia 5 – Argentina 0. Resultado final en Colombia: 70 muertos – 180 heridos”

El fútbol, pasión de un pueblo o mejor dicho pasión de un mundo. Al hacer referencia al fútbol no podemos dejar de mencionar la palabra PASIÓN, ya que en ella se reúne todo un sentir individual y colectivo hacia el fútbol.

En cada época de la historia del devenir humano, el hombre y la sociedad, en la cual éste se encuentre inmerso, confiere a un algo en particular, concepciones sobre sí mismo, dándole cualidades de un carácter simbólico. En este caso, el fútbol adquiere cualidades desde diferentes miradas de lo social. Es así, como en las culturas precolombinas practicaban un “deporte”, en su esencia, similar al fútbol moderno, pero con la gran diferencia que allí no jugaban con un balón, sino con la cabeza de los enemigos. Este fútbol con el tiempo fue modificado y en el siglo XIX fue “fundado” oficialmente por los ingleses, y el cual con el paso de los años se ha convertido en un espacio que congrega millones de personas a su alrededor y moviliza una gran cantidad de dinero de forma continua. Cada cuatro años el mundo se paraliza alrededor de un sólo espectáculo “La Copa Mundial de Fútbol”, y es debido a todos estos fenómenos surgidos alrededor del llamado “rey de los deportes”, que posibilitan denominarlo como un instrumento alienante, utilizado según las conveniencias; usado como una “máquina generadora de ídolos y dinero” o como una demostración de superioridad de un grupo sobre otro. Toda esta serie de lineamientos de una marcada concepción, son contrariados por los defensores del fútbol; quienes hablan y destacan el poder de la unidad y fraternidad que posibilita entre los individuos o como un espacio donde el individuo puede relajarse y disfrutar de un espectáculo de manera sana.

Fútbol: un escape a lo cotidiano.

Aquella bulliciosa noche yo cenaba con unos amigos argentinos que parecieron sorprendidos por su propia emoción. Afuera, los pitos de los carros mantenían viva la excitación, y las calles estaban atestadas de seres humanos vociferantes. “No sorprende –dijo uno de mis amigos-. No se nos ha permitido gritar en las calles durante largo tiempo: desde el regreso de Perón. Y lo que es peor, no tenemos ninguna razón para hacerlo. Déjennos en paz, concédannos está pequeña emoción pública. Por supuesto yo los dejé (Nuño, 1994).

“El juego no es la vida ‘corriente’ o la vida ‘propriadamente dicha’, más bien consiste en escaparse de ella a una esfera temporera de actividad que posee su tendencia propia” (Huizinga, 2000, pág. 286).

El fútbol llevado hoy, casi el altar de un Dios por una sociedad que día a día busca salidas a su propia cotidianidad, busca “chivos expiatorios” para culparlos de los males que por sí mismo produce. Esta cotidianidad, construida a partir de hechos heterogéneos de los cuales hacen parte la familia, el trabajo, las relaciones sexuales, entre otros, permiten una organización social que hace posible la convivencia con el otro. Remarcando, por ende, que la estructuración de la vida cotidiana se realiza en un intijuego, entre las necesidades humanas y las respuestas socialmente organizadas, a esas necesidades.

Esta cotidianidad de alguna forma es impuesta por la sociedad. En la mayoría de las ocasiones no posibilita la salud mental, impidiendo una adaptación activa a la realidad, una relación libre y creativa entre el sujeto y el mundo, posibilitando la represión, llevando al individuo a “cargar” diariamente con más y más frustraciones. Dentro de la cotidianidad organizada por la sociedad, el fútbol no se encuentra insertado en la misma, ya que está en el denominado tiempo libre, un tiempo sin obligaciones, sin constricciones, sin trabajo, un tiempo en el cual el individuo puede hacer lo que desee. En esta vía el fútbol no sólo es vanagloriado, sino que también está sujeto a la crítica porque se le considera pérdida, ocio, tiempo en el que nada se produce...

“Según Lefebvre, el hombre de hoy intenta una crítica, una ruptura con su cotidianidad, desde el tiempo libre, destinado a ser negación de la constricción, monotonía y frustración sistemática vivida en el ámbito del trabajo”

(LEFEBVRE, citado por PAMPLIEGA. 1986: 255).

Los sentimientos frustrados en la dimensión de lo laboral que se han sublimado para que el individuo sea aceptado por la sociedad, se liberan de su yugo en el tiempo libre para gratificar al individuo, donde incluso le es permitido soñar.

El psicólogo y dramaturgo, Eduardo Pavlosky (1970), en su texto “Espacios y creatividad” nos remite a la posibilidad de crear e imaginar a través de un simple juego, en este caso el fútbol, que lleva a sus participantes (hinchas) a desarrollar todo su potencial creativo, a sentirse “libres” en su espacio, a enloquecer, a salirse de lo común, a sentirse parte de esa construcción llamada equipo. Pavlosky (1970), nos resume de la siguiente manera lo que “siente” al escribir este artículo invitándonos a soñar:

*“No se puede jugar a medias,
Si se juega – se juega a fondo.
Para jugar bien hay que apasionarse –
para apasionarse hay que salir del mundo
de lo concreto,
salir del mundo de lo concreto es introducirse
en el mundo de la locura –
del mundo de la locura hay que aprender a
“entrar” y “salir”
Sin introducirse en la locura no hay creatividad
Sin creatividad uno se burocratiza - se torna
Hombre concreto. Repite palabras de OTRO” (Pavlosky
E. y., 1970)*

El fútbol, entra entonces en ese intercambio con lo social, siendo como lo dice Juan Nuño (1994), una falsedad, porque lo que reproduce no queda aparte, sino que se tiñe y mezcla con todas las pasiones e intereses que proceden del mundo exterior y cotidiano, del que precisamente el juego, pretendía evadirse con su festiva y autónoma representación.

Fútbol: competitividad y “guerra” en un lugar llamado estadio.

Grandes disturbios han acontecido alrededor del fútbol en los últimos años; el Estadio y sus alrededores se han convertido en un campo de batalla, donde los “guerreros” ya no son nobles caballeros o soldados aliados que pugnan por la libertad o un territorio, sino que ahora son los hinchas; quienes combaten hasta “la

muerte” por una causa tan importante como su propia vida: su equipo. Estos “guerreros” modernos asisten al lugar ataviados con los distintivos de su “tribu” y con “armas” que les permiten hacer frente a los enemigos. Asimismo, poseen una serie de rituales, los cuales permiten la impresión de un sello simbólico que expresa su pertenencia a un grupo y no a otro.

La competitividad social tampoco se escapa de un escenario de juego, los hinchas no sólo buscan que su equipo demuestre en el terreno su superioridad, sino que, desde las gradas o desde el lugar en que se encuentren, ya sea a través de sus cantos, pitidos, indumentaria u otros buscan demostrar a los hinchas contrarios que ellos son mejores y que pueden superarlos tanto adentro como afuera del campo de juego.

El fútbol es una prótesis de lo social, ni allí podemos escaparnos de las desigualdades, las injusticias, la discriminación con el otro, de las agresiones o simplemente del concepto de bueno o malo. El ser humano aunque desee liberarse completamente de los esquemas sociales en este espacio, considerándolo de carácter lúdico, no lo logra porque antes del inicio de la gran contienda hay barreras; hay una diversidad de entradas con precios diferenciales, según la casta social a la cual se pertenece, no se pueden sentar juntos un rico y un pobre, un blanco y un negro, un dirigente y un hincha; aunque durante mucho tiempo quienes han manejado el fútbol han querido ingresar a este gran teatro tenemos un objetivo común, ver ganar al equipo amado o a veces ni siquiera es por eso que se reúnen allí, se asiste para ver perder al contrario, pero esta unión es efímera, imaginaria o simplemente no hace parte de la cotidianidad. Al acabar la fiesta cada uno vuelve a su propia realidad.

A lo largo de la historia, encontramos un sinnúmero de casos en los cuales, el fútbol, no solo se ha visto rodeado de actos violentos, sino que se ha utilizado como excusa para un conflicto o para demostrar superioridad de un grupo frente a otro, como se evidenció en la década de los 60's cuando Honduras y el salvador se trenzaron en una disputa territorial, y no existió mejor excusa para desatar una guerra que un partido de fútbol entre ambas naciones. Igualmente, encontramos un caso en el segunda guerra mundial, el Dínamo de Kiev, equipo ucraniano que fue obligado a jugar contra un equipo alemán, quienes en ese momento se encontraban

invadiendo Ucrania; el conjunto ucraniano estaba obligado a perder contra la muy poderosa escuadra germana, pero su amor propio y por su patria los hizo salir victorioso aquel día y por eso fueron fusilados, allí mismo en el estadio donde hoy se levanta un monumento en su honor.

La puesta en escena de los actores del templo moderno llamado estadio.

“El evento futbolístico es conjunción de ritmos, velocidades diferentes, con niveles de afectos y procesos de subjetivación que se extienden desde el cuerpo mismo de los jugadores, prolongándose al cuerpo de sus hinchas fanáticos y sus cánticos y todo al ritmo de la pelota”

Eduardo Pavlosky

En la escenificación de la fiesta, los hinchas juegan el papel principal; por lo tanto su accionar, dinámica y manifestaciones de violencia se analizaron en tres momentos: el antes, durante y después del partido. El análisis se realizó en base a diarios de campo que se realizaron en algunos juegos del Club Atlético Nacional durante el año 2001.

Primer momento: la conjunción de ideales para la estructuración del aparato psíquico grupal – “entrada a la fiesta”

El partido ha comenzado e inmediatamente el juego anterior ha concluido; quienes inicialmente le dan vida a este nuevo juego son los periodistas deportivos, ellos durante toda la semana previa, comentan y discuten acerca de los equipos, las directivas y acerca de la hinchada misma; algunos de sus comentarios elogian, enaltecen y ensalzan de gloria casi divina a diferentes personajes involucrados en el fútbol, también de manera contraria hay otros que destruyen, desacreditan y pisotean ante la hinchada y la opinión pública al mismo personaje o a quien le corresponda el turno. Esto llega a suceder dado que el periodista goza del poder que le confieren los medios, goza del proceso de expansión y de la globalización, permitiéndole llegar a un incalculable número de oídos y retinas, que muchas veces otorgan a ese discurso recibido, el fuero de verdad y casi de palabra sagrada. De esta manera podemos escuchar que el periodista o el comentarista hablan desde la certeza, pretendiendo elaborar un discurso tautológico que debe ser asumido y supuestamente

entendido por el hincha.

Es la hora de la fiesta del fútbol en su gran templo, el Estadio Atanasio Girardot, ya comienzan a aparecer los diferentes actores quienes serán protagonistas de esta nueva escena y quienes se han preparado desde días anteriores para estar listos a la hora de la presentación y ser parte del espectáculo. Cada uno con su atuendo representativo del grupo al cual pertenece, pero todos dentro de la misma fiesta hacen su ingreso a los alrededores del Estadio. El cuerpo policial hace su aparición, llegan en camiones, motos y carros, de los cuales descienden rápidamente para formarse y repartirse los papeles que van a desempeñar. Su estrategia está lista y poco a poco se pone en marcha, sin antes olvidar los instrumentos necesarios para entrar a la fiesta y participar, como medio de control, para que todo funcione “normalmente”. Su despliegue cubre todos los alrededores del teatro y la fanática se acerca por sus diferentes costados, comienza su acto, su participación se hace inminente, dentro de la fiesta, en la cual a través de su uniforme y los actos ejecutados, dan a entrever la presencia magnificada del Estado como actor subyacente, también invitado a la fiesta y así, cada uno de los miembros de este grupo policial va ejecutando su papel directo en este rodaje, siendo parte del conjunto de situaciones que rodean el espectáculo del fútbol.

Para los hinchas, el día en que juega su equipo de fútbol es diferente, ha salido de una semana, en la cual “ha luchado” con su eterna cotidianidad, en la que ha actuado según reglas sociales para ser denominado ser “normal”, ahora, es el momento para desligarse de sus ataduras y unirse a la fiesta en torno a un fin común: la victoria de su equipo o mejor, de sí mismos. Desde este instante comienza el proceso creador, el cual se instaaura con anterioridad a la llegada al gran templo y que se repite cada vez que hay un encuentro de fútbol en estadio Atanasio Girardot, permitiendo liberar esa imagen que se ha instaurado en el tiempo en el cual ha de esperarse el próximo encuentro y que regresa en la antesala de cada juego, donde los hinchas son los encargados de darle nuevamente movimiento y de hacer resurgir aquello que se encontraba inmóvil. Antes de cada encuentro, podemos decir que los hinchas “arman” la fiesta y donde la euforia es el factor predominante manifestada a través de cantos y demás expresiones.

Esta fiesta iniciada con el fin de dejar a un lado las penas, ha comenzado en la antesala al juego, los hinchas se reúnen, sin importar su edad, sexo, color, clase social, para tomarse, lo que popularmente se llama, los “chorros”, para conversar casi exclusivamente del juego o para colgar los distintivos del club, en el estadio, al fin de cuentas, la idea es estar juntos y olvidar simplemente los que les rodea... así sea por un instante.

Para Keegan (1998), la fiesta comporta aspectos codificados prácticos, concretos, pero cristaliza igualmente vivencias altamente simbólicas. En la fiesta se encuentran individuos y una dinámica colectiva, aun cuando ella cree tensiones entre el sí mismo “íntimo” y las funciones estatutarias. El espíritu de la fiesta unifica, teniendo una función de pertenencia al grupo, de referencia al linaje. En esta fiesta, el grupo olvida las diferencias entre sus miembros.

Los hinchas, denotan, a través de sus acciones, un estado de euforia; con la cual la fiesta es posible y las inhibiciones que siempre lleva cada uno de ellos se deja a un lado para simplemente gozar; el saltar, agarrarse mutuamente, llevar implementos identificativos del equipo, al cual se “pertenece” como: gorras, balacas, camisetas o banderas, identifican al individuo con un grupo, un espacio o territorio; aún en estado eufórico, se encuentra una estructura coherente dentro de estos innumerables hinchas. Esta fiesta en la cual los individuos asistentes a la misma se concentran casi exclusivamente en su equipo, no solo se dan los espacios para expresar el afecto por su divisa, encontramos en determinados instantes un “enfrentar” al otro, ya sea que esté presente o no, permitiendo salidas hostiles de lo que ha estado reprimido hasta ese instante, donde es posible que se presenten agresiones de tipo verbal o físico.

Para Freud (Keegan, 1998), la euforia representa la súbita disponibilidad de energía psíquica como resultado de la cancelación de un esfuerzo represivo, vuelto innecesario. Esta energía puede ser orientada a nuevos fines, por lo cual, permite salir del mundo concreto, de la cotidianidad y de las frustraciones que esta produce; es decir, las barreras impuestas por el mundo organizado, aquí han de romperse. Los hinchas que asisten, en su mayoría jóvenes, se sienten agobiados por la falta de espacios que les permita ser quienes son, no encuentran trabajo, su familia tiene problemas, se encuentran en un mundo que no ofrece oportunidades

y que día a día se preocupa por el producir y no por el ser, o sea, las victorias propias son pocas, pero el equipo brinda victorias o es cada hincha quien es victorioso, porque cada hincha es el equipo. Aquí, el hincha puede expresar, ser “libre”, puede insultar, amenazar y esconderse tras el otro (grupo), así sea que lo expresado sea en primera persona. Todo lo que al joven hincha le es reprimido y obligado a sublimar por un mundo completamente normativo, aquí se escapa del control superyoico, por eso la hostilidad hacia ese contrario llámese hincha rival, Policía u otro, es aceptada en pos del bien del equipo amado.

Ahora, es el momento donde los equipos salen al terreno de juego, la fiesta entra en el cenit, el estadio se inunda de colores y el grito es uno sólo, pero quien sabe si la fiesta va a continuar...

Segundo momento: la cohesión grupal como fantasía de indivisibilidad – “la hinchada; el aparato grupal, un cuerpo”

Después de todo el preámbulo que la gran masa de hinchas realiza como ritual para ingresar al estadio, finalmente se abarrotan los seguidores del Atlético Nacional en diferentes entradas de cada una de las tribunas, allí después de tropezones, empujones, por lo general de largas filas, los hinchas se encuentran con el primer examen policial; una requisita de rutina que resulta siendo el último contacto con el mundo externo. Luego, entregada la boleta, se cruza la registradora y por fin, el acceso al templo, al gran teatro. Las escaleras se suben rápidamente y después de unos cuantos segundos va apareciendo, ante los ojos atónitos de cada aficionado, el gramado y las tribunas, unos cuantos pasos más y a plenitud el estadio; color, vida, juego, gritos, cantos, alegría. El hincha finalmente doblaga el mundo que ha dejado allá afuera para fusionarse en un mundo diferente, en el cual interactúa y se intercepta con otros, con la hinchada, un solo sentir, un sólo cuerpo.

Es aquí, donde como lo menciona Spinoza (Hubeling, 1981), la masa de hinchas adquiere una estructura corpuscular que no está concebida desde lo meramente biológico, sino que se estructura, se mantiene unida, tanto por determinantes materiales, como espirituales. Al igual que sucede con la hinchada, para Spinoza, los cuerpos necesariamente emergen en circunstancias y contextos específicos, acompañados de otras

formaciones corpóreas influenciados y afectados entre sí. Todo cuanto ocurre alrededor del cuerpo, en este caso la hinchada, lo influye, siendo él también influyente de otros cuerpos. En esta vía, es posible decir que la hinchada conexas durante el partido es, definitivamente, una gran formación corpuscular; dado que se estructura a partir de un número determinado de individuos quienes ubican un mismo objeto en el lugar que ocupa su ideal de Yo, formado, según lo explica Eduardo Pavlosky (1999), una conjunción de cuerpos, de tiempos y espacios individuales para formar uno solo.

Es este primer momento de formación del cuerpo, con cada uno de los hinchas, y que, según Freud (citado por Rodrigué), se experimenta el proceso de identificación por medio del cual cada sujeto del neonato grupo establece una relación directa con un objeto, al que se dirige gran carga de libido, además siendo común a los otros sujetos, generando un vínculo completamente erotizado entre ellos y el objeto, de ahí la gran fuerza de cohesión en la hinchada.

A este fenómeno, René Kaés (1993) lo denominó como apoyo, por medio del cual cada individuo del grupo encuentra un sostenimiento en otro individuo y a su vez ellos en el grupo, en este caso cada hincha, encuentra el apoyo necesario para sentirse integrado y con identidad, en el otro hincha y en la hinchada en general conformada dentro del escenario deportivo como un solo cuerpo, permitiendo por este mismo proceso la organización física y psíquica del grupo, dentro del estadio, a partir de su propia imagen y de las diferentes representaciones traídas del mundo externo. Luego, según lo propone Kaés (1993) se establece una relación del grupo con el espacio de adentro y con el espacio de afuera y es allí donde la hinchada, estructurada como cuerpo, logra darse la ilusión metafórica de ser invisible. Dice Kaés (1993): “El grupo construye se construye como prótesis del cuerpo, sometido a la división y a la muerte”

Los hinchas entonces al ingresar al estadio, se fusionan y forman un solo cuerpo, como se estila en los países del sur del continente. Banderas, pancartas, camisetas, pintura los distinguen de los rivales y los identifican al mismo tiempo con su equipo amado, o en otras palabras, con su tótem. Los cantos, las alegorías, los gritos y los silbidos se realizan al unísono fortaleciendo el imaginario de unidad, en la búsqueda igualmente de

generar un temor sin parangones, en el enemigo.

A esta altura del fenómeno ya está inaugurada la locura, el hincha está cohesionado, el cuerpo está vivo y la salida de los árbitros solo desenmascara, en los aficionados, la figura y la representación de la norma, de la ley. El principio de realidad que los enfrenta una vez más con ese mundo externo, que quieren reprimir en su templo, por eso la aparición de la terna arbitral se hace en medio de silbidos, chifladuras y fuertes insultos, pero solo pasan unos instantes y la llegada de sus equipos al gramado, marca un punto de gran exaltación para el cuerpo que late en las entrañas del gran templo; serpentinas, humos, cánticos, papel picado, aplausos y gran euforia se apodera de la hinchada, aparece el objeto en el que se fija la libido, aparece el tótem; es decir, el equipo se convierte en un objeto por el cual se siente respeto casi supersticioso, así como el tótem, el equipo protege a la persona, ya que se haya en una relación directa y recíproca con ésta y con la identidad del grupo, dado que él antecede al clan, en nuestro caso ha estado mucho antes que la hinchada y su representación goza de privilegio en el devenir histórico del contexto circundante a este grupo como tal, además la aparición del equipo brinda la protección y la integración por todos esperada.

Es en este punto, donde el cuerpo adquiere la estructura de aparato psíquico como lo denomina Kaés (1993), no como una máquina sino más bien como la sumatoria y la conjunción de la multiplicidad de psiques que interactúan en la masa, es decir, el aparato psíquico es la idealización del proceso mediador entre la realidad de cada sujeto y la realidad del grupo en su totalidad.

No existe una mera colección de individuos, sino una formación grupal cargada de fenómenos específicos entorno a dicha formación que se encuentra estructurada a partir de organizadores psíquicos inconscientes mediante los cuales se sostienen y se expresan los vínculos del agrupamiento de tal forma que dan cuenta de los procesos, los fundamentos y las formas en que se relaciona en la realidad psíquica del grupo (kaés, 1993).

Dentro del gran teatro, el estadio Atanasio Girardot, los actores puestos en escena; es decir, el cuerpo formado por la hinchada y los psiquismos particulares de cada sujeto del grupo, consolidan según, esta perspectiva, un gran aparato psíquico grupal, distinguiéndose

diversos organizadores, como los intrapsíquicos del agrupamiento pertenecientes, exclusivamente, a la realidad de cada sujeto, formados por sus propias representaciones e imagos. Se puede distinguir también los inter y transpsíquicos grupales, por medio de los cuales se regulan las interacciones y correlaciones de la colectividad, con el único objetivo de obtener la satisfacción pulsional, develando elementos que han de caracterizar al grupo como tal.

Elementos como la imagen del cuerpo, para el caso se caracteriza por representarse como un cuerpo poderoso e invencible, sustentado en el poder y la indestructibilidad de su tótem. La protección que este mismo les brinda, es un cuerpo inmortal, un cuerpo completamente vivo, que hace latir el corazón con cada uno de sus saltos, con lo que ve a su alrededor, con lo que ve a sí mismo y a su tótem; un cuerpo con voz fuerte y prolongada por el espacio, es un cuerpo sólido. Otro elemento importante, manejado a partir de los organizadores inter y trans psíquicos, es el de la fantasía originaria de grupo, en este caso determinada por la integración y la identidad cultural, social y psíquica que posibilita el tótem; es decir, la unidad que brinda el equipo, ya que ha sido perdida en el mundo de afuera, en la realidad, y en el devenir del medio histórico y social. A estos elementos se suman los diversos complejos familiares manejados por la hinchada, desde su medio ambiente natural. Finalmente, la imagen del aparato psíquico subjetivo que hace referencia a las múltiples representaciones existentes al interior del grupo, que le permiten organizarse; en nuestro caso la hinchada y su particular manera de distribuirse por las tribunas, la función y el rol de diferentes grupos o portavoces dentro del conglomerado en general.

No se puede olvidar que el grupo o la hinchada como tal, está en primer lugar atravesado por la cultura; es decir, un grupo, un cuerpo, está determinado en tiempo y espacio; en contexto, por factores de orden cultural, que trascienden lo natural y hasta lo artificioso de un sistema social, de tal manera que los grupos establecen y movilizan dialécticamente diferentes influjos, por patrones especialmente culturales, insertados en la idiosincrasia. Un estado y una ubicación particular que le da forma caracterizando al grupo como tal. Por ello, planeta Kaés (1993) que existen otros organizadores de gran importancia como los socioculturales, los cuales hacen referencia a diferentes sistemas de transformación social y cultural influenciando directamente en el

funcionamiento y dinámica del grupo, estructurando las representaciones y estableciendo paradigmas, ideologías y micro políticas y marcos de referencia social. De este modo es como la hinchada puede emular su organización interna con la estructuración y conformación de barras en otras latitudes, acomoda su discurso a estilos foráneos, de tal manera que sus himnos y cánticos se asemejan a coros y cánticos de otras hinchadas.

Se develan también elementos que denotan, aunque en menor grado, manifestaciones regionalistas y nacionalistas marcando una ideología y una forma de proceder frente al contrario, rechazándolo y atacándolo dentro del estadio con injurias de tipo verbal. Es entonces, el lenguaje verbal el medio para exorcizar los problemas sociales agobiantes y que amenazan con romperles su identidad, es por ello, que hacen de sus cantos, a una sola voz, un sentimiento colectivo que los integra y los tranquiliza.

El fútbol sin goles no es fútbol; por lo tanto, cuando el esférico pasa la línea demarcada, los hinchas alcanzan el tan anhelado éxtasis que los ha llevado a reunirse en el gran templo moderno... Es en este punto donde se desborda la hinchada en una gran celebración, el cuerpo se exalta, el grupo vibra aún más fuerte. La extensión corpórea de cada sujeto, el grupo mismo, se extiende en euforia. El gol, el equipo, el tótem es victorioso. La unidad y la cohesión dentro del cuerpo permanecen, nada le puede destruir. El juego continua.

Pero la historia es otra cuando, de repente, el equipo amado es a quien le marcan un gol, cuando el equipo del alma es quien pierde y no puede proteger a la hinchada, la identidad parece extraviarse, en ese momento comienzan las manifestaciones más agresivas en contra del adversario e inclusive, dada la desintegración que el perder produce, se evidencian ataques violentos en contra de la fuerza pública y entre los propios hinchas.

El pitido final y la desaparición del objeto totémico, inauguran la desintegración total, la pérdida del cuerpo, un proceso tan doloroso para la hinchada que comienza la resistencia y aparece el pánico más aún si el equipo ha sido vencido y ya en las calles cualquier cosa puede pasar...

La fragmentación del aparato psíquico grupal “adiós a la fiesta... de vuelta a lo cotidiano”.

El juego ha concluido y se acerca el final de la fiesta semanal, es hora de despedirse de este territorio, el cual se ha ido construyendo desde la finalización del partido anterior y llega a su culmen el día del encuentro futbolístico entre el equipo amado y su rival de turno.

El adiós con el equipo se va sucediendo en los minutos finales de la contienda donde la tensión se acrecienta porque el resultado final se acerca y el tiempo es impecable y no perdona. Suena el pitido del juez, el adiós es irreversible; es hora de regresar y el ídolo camina lentamente hacia el vestuario, recordando, posiblemente, ese grandioso gol marcado, o ese maldito penal errado.

Después de haber conjugado los ideales del yo con el equipo, en una sola comunión y como un solo cuerpo, llega el momento en el cual el grupo de hinchas retorna a lo cotidiano y aquel vínculo establecido entre la hinchada y el equipo, con el que se había logrado una interacción, comunicación y aprendizaje mutuo, permitiendo la expresión y contención de las angustias provocadas por las frustraciones cotidianas, a través de los cantos, insultos, celebraciones, entre otras, se rompe, quedando el grupo fragmentado. Bauleo plantea que los grupos estructuran luego de su agrupamiento una configuración organizada a partir de un entrecruzamiento de proyecciones de los integrantes a los cuales se entrecruzan elementos representativos sociales y de clima imperante. (Pavlosky E. , Micropolítica de la resistencia, 1999, pág. 333).

Este vínculo del cual nos habla Pichón – Riviere se establece desde los primeros años de existencia y fundamenta las relaciones futuras del individuo; en el caso del grupo de hinchas con el equipo, la relación establecida permite a estos protegerse frente a las amenazas externas sociales y a la vez la estructuración del mundo interno de cada integrante de la hinchada, presentándose una situación dialéctica, entre lo que se presenta a nivel social y el psiquismo. Sin embargo, al fragmentarse ese cuerpo aparecen nuevamente sentimientos como, el desamparo generado por el contexto social hostil y mostrándose cada vez más opresor.

Es así, como este cuerpo de hinchas fragmentado vive momentos de desamparo, en donde las ansiedades persecutorias se aumentan y hacen un retroceso a niveles de organización primaria con características agresivas y aparece la salida de la hostilidad que implica no sentir la angustia de muerte y desamparo. Como nos lo manifiesta Pavlosky en la siguiente frase “entre pega y pega, no se siente el vacío” (Pavlosky E. , Teatro Completo Tres, 2000, pág. 115)

Aparte de la lucha entre grupos de coetáneos, en el fútbol se representa esa pugna entre las instituciones representadas por el estado y los individuos o grupos representando la contra y lo opuesto a lo institucional, a lo normativo. En este caso la fuerza policial versus los hinchas.

El otro, para el policía, se convierte en ese ser que crea el conflicto, que instaura el caos, que rompe ese vínculo positivo establecido con el fútbol, como espacio de esparcimiento lúdico. El papel de control y represión son expresados en forma explícita buscando auto justificar y perpetuar su comportamiento, en contraposición a la conducta del “otro” que pone en peligro la armonía que pretende otorgar el templo moderno.

El ídolo se ha ido, los hinchas no saben, por cuánto tiempo más podrán “retenerlo” en un mundo en el cual él es sólo una mercancía y los sentimientos de una hinchada no pesan cuando de dinero se trata: la mente se llena no sólo de despedidas efímeras, como lo ha de suceder a diario, sino de despedidas definitivas. Ese adiós, en ocasiones irremediable, aunado a un triste resultado y desempeño de esa pasión, llamada equipo, lleva al hincha a elaborar un duelo, que a veces es insoportable porque obliga a regresar a la realidad social, llena de desesperanza y en la cual, cada día, se pierde más de lo que se gana. Y si el equipo es el mayor símbolo de victoria, así sean transitorias o ilusorias, se hace válido, para el hincha, luchar por ese sentimiento, incluso, poniendo en juego su propia vida.

“La tristeza es un sentimiento, que en algunas ocasiones, es también luto, manifestación de pesar por lo que está muerto, y además duelo: relación de fidelidad con lo definitivamente perdido” (Jasiner, 1997, págs. 25 - 27).

Los cambios vertiginosos del mundo actual, donde una imagen borra rápidamente a otra previa, con inusitados avances tecnológicos; pero con enormes

desigualdades sociales, han producido una sensación de soledad e incertidumbre en el hombre de hoy dando como consecuencia, que los espacios que encuentra el hombre para sentirse “libre”, en específico, el fútbol, sea defendido, como se dice popularmente, a “capa y espada” y por eso la salida del estadio sale a flote, en muchas ocasiones lo que Freud denominó “pulsión de muerte”, se encuentran toda esa gama de instintos, destinados a matar y a morir.

Esta sociedad dedicada a negar y reprimir el goce instintivo del ser humano como nos lo dice E. Mari, haciendo una analogía con la Atenas antigua y según el modelo ateniense, no permitiendo a los sujetos, prácticas, mecanismos o aparatos colectivos que pudieran expulsar a la muerte o negarla. Es el modelo de tratamiento social de la muerte más controlado y antitético con el de nuestros tiempos. (Jasiner, 1997, págs. 25 - 27).

Este duelo se hace insoportable para el hincha, quien ve como ese vínculo, con su equipo, es efímero... por eso lo reprimido no se sublima y sale en su máxima expresión: la violencia.

Los cambios suaves permiten una paulatina adaptación activa a cada uno de los individuos involucrados, una de las características más significativas de esta metamorfosis es que da lugar al pensamiento y a la reflexión que anticipa sus consecuencias. Ello hace posible que los involucrados en el proceso de transformación tengan capacidad de selección y elección. La violencia social propugna, por el contrario cambios bruscos e infaustos, no deja posibilidad de elección a sus participantes (Lutenberg, 1994, págs. 19 - 22).

En esta polaridad Eros – Tanátos, el ser humano es capaz de representar desde las acciones más sublimes, hasta las más malignas en el ámbito social. El fútbol, escenario de estudio, representa de igual forma esta contienda; momentos en el cual “el proceso creador” se hace más evidente, la alegría es desbordada, el equipo se convierte en tótem de alabanza, el cual hay que idolatrar, con todas las herramientas posibles, pero que igualmente esa idolatría se convierte en ocasiones en defensa violenta, porque lo único que da esperanza y sensación de necesidad y utilidad no puede perderse, porque al perderse se queda en el vacío, en el desamparo. Por otra parte, el “despegue creador” está ligado a un

proceso de transformación, implica desarmar lo dado para armar algo nuevo, lo cual permite re significar lo viejo, tanto como sostener en lo nuevo la marca de lo anterior.

Los protagonistas del espectáculo se retiran y los hinchas, quienes son los encargados de organizar esta gran fiesta la clausuran, con la esperanza de volver a ver a sus ídolos y a su amado equipo, lo más pronto posible. Lo que antes era el lugar de la gran fiesta, rodeado de roces entre los participantes, quienes se distinguen por un color determinado, se convierte ahora, en un gran cementerio por el silencio de la nada...

Conclusión.

El diario devenir de la cotidianidad, en una situación social, como la de la ciudad de Medellín, ha posibilitado que la pérdida y el duelo se tornen en procesos tan comunes, pero en ocasiones insoportables, pero por la misma velocidad de los acontecimientos se hace necesario superarlos de forma inmediata para dar la posibilidad de enfrentar los próximos duelos; por eso el grupo de hinchas, al fragmentarse el cuerpo y romper el vínculo con el tótem, vivenciando de nuevo los temores

que produce el mundo externo, recurre a máscaras y a la violencia como una forma de eliminar la posibilidad de pensar, de deprimirse, de sentir el desvalimiento, el vacío, la soledad y de mantener la identidad de hincha posibilitando pertenencia a ese algo, en el que se han conjugado los ideales del Yo y que se va formando en el contacto desde los primeros años de vida con ese tótem, de una forma muy involuntaria protegiendo y liberando la represión que "aniquila" poco a poco.

El grupo de hinchas, que organizativamente se define como "barra", traspasa tres momentos en torno a un partido de fútbol en los cuales vivencia su dinámica grupal desde la conjunción de ideales hasta la fragmentación de ese cuerpo, del aparato psíquico grupal. Las manifestaciones de violencia presentadas contra ese otro, hincha, rival, policía, periodista, etc., quienes igualmente participan en mayor o menor medida en las mismas, surgen como una respuesta frente a la ansiedades persecutorias, dándose al escindir el grupo que protege y libera y al fragmentarse nuevamente permite sentir el olvido, el vacío, la desesperanza, el desamparo que se "cultivan" a diario en una situación social por la que atraviesa la ciudad de Medellín y Colombia.

Referencias

- DÁVILA, Andrés (1994). *Fútbol y cultura nacional*. Revista Universidad de Antioquia: *Alrededor del fútbol*. 236. 22 - 26.
- ELMIGER, María (1997). *Los duelos nuestros de cada día* En: *Actualidad psicológica*. 246. 25 -27.
- HERNÁNDEZ m., Antonio et al. *La violencia en el fútbol: una reseña bibliográfica*. Recuperado de: www.efdeportes.com. No. 29.
- HUBELING, H.G (1981). *Spinoza*. Barcelona: Herder.
- HUIZINGA, Johan (2000). *Homo Ludens*. Buenos Aires: Emecé Editores. 286 págs.
- JASINER, Graciela (1997). *Los duelos nuestros de cada día*. *Actualidad psicológica*, 246. 25-27.
- KAÉS, René (1978). *El apoyo grupal del psiquismo individual*. En: *temas de Psicología Social*. Buenos Aires: ediciones cinco.
- KAÉS, René (1993). *El grupo y el sujeto del grupo*. París: Amorrortou Editores.
- KEEGAN, Eduardo (1994). *La euforia, el encuentro fugaz con el ideal*. *Actualidad Psicológica*, 213. Buenos Aires.
- LÓPEZ, Rubén (1985). *La Concepción freudiana del mundo exterior*. Medellín: Editores Lealon.
- LUTENBERG, Jaime M (1994). *La violencia social y el mundo interno*. *Actualidad Psicológica*. 213. P. 19-22.
- MEDINA C, Federico (1996). *Al Calor de la jugada: el fútbol, signos y símbolos*. *Boletín de Antropología*., 26.
- NUÑO, Juan (1994). *Razón y pasión del fútbol*. En: *Revista Universidad de Antioquia: Alrededor del fútbol*. Medellín. Vol. 63. No. 236.
- PAMPLIEGA, Ana (1970). *Enfoques y perspectivas en psicología social*. Buenos Aires: Ediciones Cinco.
- PAVLOSKY, Eduardo y KESSELMAN, Hernán (1970). *Espacios y creatividad*. Buenos Aires: Búsqueda.
- PAVLOSKY, Eduardo (1968). *Lo fantasmática social y*

lo imaginario grupal. (Maestría en Psicología de grupo e instituciones). Recuperado de: www.página12.com.ar

PAVLOSKY, Eduardo (1999). *Micro política de la resistencia*. Buenos Aires: Eudeba. 407 págs.

PAVLOSKY, Eduardo (1968). *Psicoterapia de grupo de niños y adolescentes: "el señor de las moscas" como ejemplo de mecanismos que operan en los grupos terapéuticos de niños*. Buenos Aires: Búsqueda.

PAVLOSKY, Eduardo (2000). *Teatro completo tres*. Buenos Aires: Atuel – teatro. P. 115

PICHON RIVIERE, Enrique (1975). En: *Clase privada en la primera escuela privada de Psicología Social*. Buenos Aires.

RODRIGUÉ, Emilio (1996). *Sigmund Freud, el siglo del psicoanálisis: el libro de las masas*. Buenos Aires: Suramericana.
VILLORO, Juan (1998). *Los goles y el tiempo*. Nueva Sociedad., 154 p.